

EL IDIOMA DE UN ARGENTINO

La guerra gaucha, de Leopoldo Lugones

Adjetivos.

Adjetivos derivados en AR. Tenemos: *auriculares* espiras (de forma de oreja), 166; un amuchiguamiento *capilar*, 211; la lividez *dilucular*, por crepuscular, 204; tersura *especular*, 151, lustre *especular*, 220; fruncimiento *superciliar*, 75, una ofensiva *tentacular*, 281, son generalmente extensiones de sentido.

Terminados en oso tenemos algunos españoles: *albuminoso* color, 332; *ardidoso*, ant. en Acad., 298; *blanco-verdoso*, 355; *caviloso*, por preocupado, 119; *coloso*, por colosal, 19; *cuproso*, de color de cobre, 34; ancas *escabrosas* de flacura, 219; *estrumosos* sapos, 210; su *leñosa* faz, 61; un tufo *viroso*, 262.

Formas argentinas son: *amarilloso*, 261; *azuloso*, 167, 66; cuero *barroso*, 201; *cargoso*, ant. en Acad., 15, 120: patrón engréido y *cargoso*, 15; aunque de bebida *cargosa*, 120; *rotoso*, por desgarrado, haraposo, 44, 253, 389.

En ERO concluyen: *cerrero*, por cerril, 261; *paternostrero*, por rezador, 371; un bote *ventajero*, 260, que trae o lleva ventaja, acaso forma más argentina que española; olla *jabonera*, 114, 254, que es castellano.

En ACEO: *grisáceo*, 297; *verdáceo*, 138, 251.

En IBLE O ABLE: *inabolible*, 144; *inhallable*, 211; *inrayable*, 340; *insaturable*, 229.

En ICO: *ciclónico*, 35; *paquidérmico*, 66; *plutónico*, 323.

En UDO, terminación más bien argentina que española: *crinado*, 10, 105; *corajudo*, 65.

En OR: *abismador*, 101; *aportillador*, 261; *depulsor*, por debilitador, 154; *mosqueador*, abano, 245, son de formación normal. "No tan diligente, aunque más *salidor* (se trata de un gallo), 267, es argentino.

En AL, terminación socorrida de todos los neólogos, tenemos: evocaciones *catedrales*, 124; agua *diluvi*al, 35; *espectral*, 193; *pasional*, 252; tibieza *pluvial*, 183; *sagital*, 58; *señorial*, 245, mejor en muchos casos que señoril, académico, 245; *tangencial*, 119; el gris *vesperal*, 329.

Entre los adjetivos o participios en ADO, IDO, hallo los siguientes, unos neológicos, otros meras extensiones de sentido de la forma ordinaria: "acohombrados capullos, 395; el animal avanzaba *achatado* contra el cazador, 237; un vaho de *ahilada* tristeza, 150; un valle *apedreado* de rocas, 283; *aproado* esternón, 198; el caballo, *arpada* la crin, 236; *azogada* vivacidad, 170; un bigote *bandido*, 197; *bilocado* por una pesadilla, 372; caballo de vasadura *caldeada*, 171; *cosida* a bayonetazos, 266; *crenado* como un artificio arquitectónico, 164; *charneladas* de carne las costillas, 261; *damasquinados* loros, 167; ya *desfogados* los ímpetus, 96; uno que, *despachurrado* y a pie, sostúvose contra dos dragones, pisándose las tripas, 360, es el sentido primitivo de la palabra; un violín cuyo arco, no muy *desvalido* de clines, 61; brazo *encabestrillado*, 94; el *enceguecido* vivac, 175; sostener la rodilla en los *enclavijados* dedos, 184; una vihuela *ensordecida* por los balazos, 280; *entrenado* en la narración, 125; rosquetes *escalfados* de bienmesabe, 263; *finchados* para la recepción lucían sus trajes de gala, 157; torres *foraminadas* de candelillas, 336; dedos *fuselados*, 322; lomos *geminados*, 308; argollas *lúidas* (de las espuelas), en Acad., solo voz de Mar., 215; el *movido* escenario, 342; un beso *repicadito*, 74; un *simado* paisaje, 355; *sopadas* en bermellón, por untadas, bañadas, 180; *supinado* por un cimbrón agónico, 179; *tiesierguido*, 353; el *vejado* tornasol de la pana, 337.

Pueden considerarse como argentinismos: *aperdizado* plumaje, 270; una pantorrilla *baleada*, 58; agua *barajada*, 332; *cribados* sus calzoncillos, 265; *enancado*, por subido en ancas, 123, 168; *lonjeada* (la piel) por las asperezas, 361.

Terminados en ON, generalmente argentinos: afición *cimarrona*, 354; la brevedad viril de la crencha *motilona*, 182; maíz *pintón*, 260 (en Acad., solo de la vid); una adúltera *pintona*, 119; un violín *rabón* de cuerdas, 60; *retacón*, por bajo y rechoncho, 12.

Terminan en UNO los argentinos: *lobuno*, color de caballo, 170; *toruno* puerco, 262.

En INO, matiz *escarlatino*, 391; felpa *esmeraldina*, 387.

En IL, acepciones extensivas: modestia *retráctil*, 366; tras-montó el otero, como *volátil* en la absorción del gris vespertino, 184.

En IVO: explosiones *interjectivas*, 263; manos *meditativas*, 102; *transitiva* silueta, 248.

De otras terminaciones hallamos: *apagadizos* pestañeos 134; azul *eléctrico*, 116; alfombra *bilicia* (de dos lizos), 37; *deleble* amarillez, 102; nudos *disciplinarios*, 282; porotos *discolores*, ant. en Acad., 198; *duendesco* sombrero, 135; *estrictos* senos de virgen, 370; galpones *famularios*, 89; miserias *fidalgas*, 243; *flabeliforme*, 100; *gemebundo*, 86; voto *inconfeso*, 183; *inexpresa* simpatía, 55; demasiado *insertos* en la montaña, 318; los espectadores, *molestos* con tanta dilación, 143; *paliducho*, 271; *polimático*, 352; *politropo*, 133; *proclamista*, 53; *semiflexo*, 140; *truncos* alborozos, ant. en Acad., 288; palabras que en su mayor parte sorprende no hallar en el léxico.

Son substantivos tomados como adjetivos: sonriendo al azar con sus labios *bezos*, 264; la tarde recogía su *crisolampo* tul, 180; vientecillo *galicinio*, 236; la campanita de *tiple* acento, 327. Pueden considerarse entre éstos como argentinos: aquel novillo se portó *maula*, 260; puerta *medianil*, 202, 119.

Entre las expresiones de colores son neologismos usuales: paredes una *violeta*, otra *índigo*, 209; una claridad *lila*, 395; un vago *lila*, 151; ternuras *lila*, 211; seda *malva*, 296. Parecen argentinismos: de color *bandera* vestía, 105; calzada de *patria*, un zapato azul, el otro blanco, 320; gris *torcaz*, 116.

Puros galicismos son: troncos *glabros*, 65; huevecillos *marrones*, 200; lana *mordoré*, 349; borlitas *punzó*, 183, que acaba de entrar en Acad. 14.

Son indianismos: tigres *capiangos*, 61; mocetón *coya*, 331; a la usanza *coya*, 265; capaban sus toros *chúcaros*, 15; gallo *guairabo*, 259; risa gangosa de *ñato*, 311; a usanza *toba*, 172; novillo *yaguané*, 260.

En fin, no sé si considerar como argentinismo: *alazana* crin, 289; *cachaciento* envés, 142; mestizo *cuzqueño*, 199; *garifo*, por *vigoroso*, 148, sentido algo dif. de Acad.: vistoso, bien compuesto o adornado (Garifo, remisión a Jarifo, es de Acad., 14). Un *malacara* pisador; 104; aun *overa* de estrellas las noches, 384; poblaciones *patriotas*, 147; bigotillo *ruano*, 298.

Verbos.

Si en materia de nombres hemos encontrado, entre el español de Lugones y el castellano, algunas diferencias materiales de poca importancia: palabras de origen indio, formas neológicas, extensiones de sentido de voces conocidas, las variaciones en materia de verbos son más profundas y más graves. No sólo abundan las formas nuevas en el libro, sino que en multitud de casos observamos alteraciones esenciales en la construcción. Abundan los verbos con régimen diferente del que les conocíamos, si bien es verdad que gran parte de estas diversidades de régimen no son generales en el argentino, sino peculiares del estilo de Lugones, el cual muestra, en general, cierto enrevesamiento y un deseo de distinguirse a todo trance.

La tarea de clasificación ha sido, pues, bastante complicada. He separado, como lo hice para el nombre, las formas nuevas, las modificaciones de sentido, y estudio aparte las alteraciones de régimen.

Entre los verbos nuevos sorprende, ante todo, la abundancia de verbos en EAR. Son éstos, en efecto, frecuentísimos en el lenguaje argentino, y a este fenómeno dedica todo el capítulo V de su excelente *Guía del buen decir* (Madrid, 1917) mi sabio amigo J. B. Selva. Encuéntrense en el libro los siguientes:

A su influjo *abejeaban* en su cerebro las ideas, 40; huían los caballos *arisqueando* en la carrera, 175; le *aspaventeaban* tres mancarrones, 122; su costillar *baleado*, 218; hombro *baleado*, 275; no despicándose ni *bandeándose* alguno (de los gallos), 268; los asaltantes *bandearon* el grupo, 82; las partidas que *barreaban* el país, 202; *borneándose* sobre su caballo cayó a la cancha el viejito, 131; con sus entrañas abiertas que el enemigo *broceara*, 85; el corazón le *cabestreaba* para allá (Acad., v. n.: seguir al cabestro), 143; *cacheteando* con brutalidad de manopla, 317; no *carnear* sino a la puesta del sol (por matar reses), 38; la tropa, verdaderamente *carneada*, retrocedió, 82; *clarineaban* sus desahogos, 282; su borde se *cobreaba* ardientemente, 141; otros iban *contrafogueando* más adelante para quitar pábulo a la llama (en un incendio de bosque), 304; suspendía la obra para *coquear* un poco (mascar coca), 216; *cornetear* una vidalita, 293; las aves *cotorreaban* apenas, 64; *chairear* una daga, por afilarla, 230; *chuceados* implacablemente los godos, 395; los caballos que *escarceaban*, 105 (caracolear, hacer escarceos); *es-*

iaquear, por atar a un hombre en cruz a cuatro estacas en el suelo, 21; *estaqueando* panza arriba al sol, sapos, 92; paseaba frente al interlocutor, pero sin darle la espalda, *ezquerdeando* elegantemente, 57 (izquierdear, Acad., con sent. diferente); *hondeando* a falta de fusiles, 51; su cuello se *lacteaba* de blancuras (lacteado está en Acad., 14); *lerdeando* deshacíanse los grupos, 141; el del tordillo, percibiendo la ventaja de su rival, *mañereaba* (Acad.: mañear, sentido diferente), 141; *mátear*, tomar mate, 104; desde cuando le *matrerearía* en las costuras del tirador esa peseta, 271; aislóse *matrereando* por las travesías, 171; *mulatear*, tratar de mulato, 251; la cordillera *overeaba* (por el color), 18; *paleteando* el tordillo entre vociferaciones de triunfo (mover las paletillas el caballo), 143; otros *parrandeaban* con las pulperas, 139; salió *peloteando* (rodando) como un rollo de trapos, 358 (en Acad., sentido diferente); *piruetear*, 152, 84; *porde-lanteando* a los regimientos enemigos (llevándose los por delante), 63; largas fitilaciones *rameaban* de oro los remansos (Acad.: sólo rameado), 217; por suerte el vendaval *refiloneaba* apenas a la casucha, 36; *rumbearon* en su dirección, 213; *sableada* y ametrallada sin piedad, 287.

A los que hay que agregar: *carnavalearon* con el corazón de una sandía, 186; un picazo que *ambleaba*, 264; *alerteó* un tero en el bajo, 79; *bisquear*, 38; *escarcearon* las ondas rebullidas en un ombligo de espuma, 221; emancipó a sus esclavos para que *mon-tonerearan*, 111; *muequeando* amargas sonrisas, 139; la tormenta se desplegabá *pantalleando* sus resplandores, 173; *tironeando* los cojinitos, 235; *trotear*, 295.

Entre los verbos de formación artificial contamos primero los terminados en *izar*: *cadaverizar*, 167; *clisterizar*, 394; *exteriorizar*, 266; *histerizarse*, 385; *idiotizarse*, 264; *marmorizar*, 179; *masculinizar*, 197; *opalizar*, 180, 116; *patentizar*, 269; *percalizar*, 92; *proteizar*, 117; *sublimizar*, 255; *tangilizábase* el hálito del bosque, remojando la piel con viscosidades de linaza, 212; *totalizar*, 90; *valorizar*, 44; *vocalizar*, 377; *futilizando* recelos, 354; *inmovilizaban* (sus pupilas) candorosos estupores, 199; *brutalizar* un espectáculo, 81.

Varios duplicativos en *re*: *reaccionar*, 189; *readquirir*, 337; *reavivar*, 297, 142; *recomenzar*, 211; *reemprender*, 176, 267; *refulgir*, 91 (hay *refulgente* en Acad.); *reimperar*, 301; *repercutiéndole* en la garganta los latidos de su corazón (sentido que no está en Acad.), 372; cuando *revivía* la estirpe solariegos orgullos, 91 (sólo v. n. en Acad.).

Formaciones verbales neológicas que lo mismo son españolas que argentinas: *acuminarse*, por aguzarse, 229; un bostezo *anguló* la boca del cabo, 238; *anquilosar*, 202; *arborescido* de arrugas, 269; *aureolar*, 105; soplos de huracán *bascularon* la selva, 35; *carminando* la bruma en una humareda rosa, 151; de oro y rosa *bicromábanse* los cerros, 18; *cebrar*, por rayar, listar, 308 (en Acad.: cebrado); *cianurar*, 138; *circunceñir*, 366; *cro-matar*, 323; a la derecha *declivaba* el valle, 348; estandartes *de-cusados* por las cruces de Borgoña (cruzados), 342; *disfluyendo* su flacidez de hilacha, 101; *emulsionar*, 213; *estridular*, 141; *exorbitar*, 201; *exuberó* más dichosa, más hembra, 370 (Acad.: ant. abundar con exceso); el recuesto que *gemina* el monte (ant. Acad.), 383; *hibridar* de quichua una invocación, 45; escarcela *historiada* en seda, 265; la quimera de poderío que le *ilusaba*, 368; *imbricarse*, 34; la travesía *implicaría* una desolación sin fin, 347 (Acad.: envolver, enredar). Contra los herejes, *inculcaban*, 365; *infibular* correas, 356; si la sal no se *insumía* en la carne, 262 (ser absorbida); dos centinelas que *intervalaban* su paseo con pausas, 248; *inveterándole* el arregosto de la sangre, 171 (en Acad. solo inveterarse, por envejecerse); *irrumpan* las clarinadas, 288; a modo de dianas *irrumpidas* por el tubo de la torre, 342; el alma que *irrumpía* en ese grito, 28; orines que *legiviaban* añil, 36; *lividecer*, 203, 34, 164; paisaje *magnificado* por el adiós del día, 220; *nacarar*, 182; *nimbar*, 298; *objetivar*, 184; como si le *obsedieran* sus evocaciones, 124; leves azogues *opacaron* el cénit, 385; los colibríes *orfebrándose* al sol, 212; entre el nubarrón cenital se *ovalaba* una gran bahía celeste, 158; *policromar*, 200, 265; *pregustando* aquel suceso, 384; *pubesciendo* en las ingles de las cumbres la densidad de los jarales, 397; *reptar*, 169; *ritmarse*, 138; *segmentarse*, 141; *sinapizarse*, 201; las hileras de porotos partidos que *subcercaban* sus cejas, 92; *substanciarían* el ser, procreado en calipedia heroica, 108; *terrificar*, 127; *tonificar*, 234; tornasolar, 297.

El cansancio *acalambraba* sus miembros, 186; la ceniza iba *afelpándose*, 225; algo feroz les *afieraba* el empaque, 47; un nombre cuyo final se *aflautó* en la ventisca; 35; amamantando su cría que *agranujaban* urentes acores, 390; el día se *agrisaba*, 102; *atersaba* su impermeabilidad de cinc un trazo de horizonte, 262; el sol *atigraba* la tierra, 64; la Vía láctea *atordillaba* de estrellas el cielo, 234; *bemolando* con argentino bemol, 328; cumbres siempre, como si al *bienvenirle* todo aquel suelo se erigiera en montañas, 397; el cielo *cejijuntaba*, 337; *confidenciaba* en un

grupo, 351; la catástrofe le *clisaba* (?) el corazón, 85, ¿acaso confusión con el francés *cliver*, rajar?; los árboles como que se *desarrapaban* sin un gorjeo, 195, ¿se desnudaban?; *desclasificado*, 245 (fr. *déclassé*); su rostro *se desvaía* con la impasibilidad de un mueble, 37; *desvaliase* en mansedumbres, 93; la inmensidad *declivó* al horizonte, 117; *efluviaba* tósigos, 211; *empabellonando* sus carabinas, 81; *empalidecer*, 113; *empurpurar*, 55; la muchacha con la cual, *enancada* en su overo, 294; *enflechaban* sus arcos, 152; *enceguecido*, 306; *espirituaba* perfumes, 43; *es-tridulaba* zurdos toques, 343; un ansia de mareo *estropajó* las piernas, 82; *estrepitar*, 264, por causar estrépito; *indefinían* quejumbres, 299; el fuego antiguo *hollinó*, 316; la corriente *jaquelaba* sus cristales, 217; las chispas *joyaban* con dorado escalofrío de lentejuelas, 220 (cf. en Acad.: seda joyante); *joyando* el sol en la piel de los caballos, 63; su color *livideciendo* en cianosis, 332; *malmatándolo* en la prueba, 104; sus ojos *malvelaban* preocupaciones, 13; su mente *minuciaba* nimiedades, 70; *perlaba* el sudor en sus cejas, 179; *petulando* travesuras, 120; el olor anisado de los juncos se *pimentaba* con la creciente frescura, 218; un montón *refucilado* de brillos, 253; *rejurando* su indignación, 44; la columna *semicirculaba* sobre el costado, 303; sus ojillos se *taimaban* cuando oían relatos de combates, 217; los perros *terrificaban* con sus aullidos, 332.

Verbos nuevos más propiamente argentinos son: *apunarse*, 321, por contraer la puna o soroche; se *atainaba* en un rapacejo, tras la loma y, a campo traviesa, propagóse el combate, 148; la cara del muchacho se *atortojó* de risa, 218 (en Acad. atortujar, otro sentido. Cfr. la *Tortajada*, apodo de una bailarina española que estuvo en París en otro tiempo); *empecinarse*, 233, por obs-tinarse; *enfrentarse*, 269, 105; los botijos *engabullaban* el retozo convival, 267; *entrecerrar*, 312, 41; *mezquinar*, 179, por cicatear; *ofertar*, 142, por ofrecer; un rayo de sol *refucilaba* en las argo-llas, 274.

Verbos que parecen franceses: *develóse* a medias entre tur-bios vahos, 116; *doblaban* de terror la malquerencia, 92; la seño-rra se *enrulaba* el pelo sobre la frente, 103; *frisaban* la seda del corpiño los foscas bigotes, 108; *alterar*, por dar sed, 268.

Verbos anticuados: sus ideas *adormíanse*, 138; el silencio de los campos se les *apegaba*, 13; con los dedos *apeñuscados* se ras-có, 119 (V. Reivid. amer.); para *bribar* en chacota perpetua, 120; *catear* una mina, 230; en una agazapada *confuyeron*, 66; *encam-bronándose* al enemigo, 387; *enhetrábase* la masiega, 211; el pa-

ayador *partíase* a la guerra, 111; *remembró* parejeros como luz, 135; como las nubes en el cielo *tempestabán* en la tierra, 53; *trució* algo de un mandoble, 23; su melenita *tusada* en cerquillo, 36; *vulnerándole* aquella fantasmagoría, 117.

Varios verbos están usados en sentido diferente del que les da el Diccionario. Entre los en EAR figuran: mujeres *aporrreadas* por los perros, 368; un silencio *atenaceó* las gargantas, 48; el sacristán *badajeaba* furibundo (sentido recto, en Acad. solo fig.), 343; *baldeaban* de un pozo vecino, 81; *candongueando* mucho arrancaron la licencia, 136 (en Acad., hacerse el marrajo por no trabajar); a la sombra de los sables que *clareaban* en desvelo avizor, 320; el capitán *codeó* al mendigo que se prendía de sus ropas (empujó con el codo), 67; los montoneros se *codeaban* (se empujaban con el codo), 105; dejárase de *cominear* en esas cosas (que no son precisamente de mujeres, como en Acad.), 369; un can *coreaba* el lúgubre concierto, 232; su machete *fraseaba* siempre, 307; especie de llaga ustoria *hormigueada* de agujas, 139; *languedados* por escalofríos, 195; que les *menearan* sable de lo lindo, 132; casi de repente *nordesteaba* la nube, 43; tras las puertas *parpadeaba* un candil, 118 (Acad.; mover los párpados); alguna luciérnaga *parpadeaba* a lo lejos, 89; el hombre *taloneó* el caballo, 298 (Acad., andar a pie con ligereza); para que los buitres *ventearan* su costillar abaleado, 18 (Acad.: tomar los animales el viento con el olfato).

De otras terminaciones tenemos: entre *aborrascadas* mechcas (de cabello), 308; *acotó* la negativa del anciano el gesto de un gran qué (Acad.: poner cotos, mojones), 339; volcó el líquido en un perol para *aflojarle* el verdín, 78; *apelotonado* contra la pared, lloraba un niño, 45; un caliginoso silencio *aplanaba* el paisaje, 262; *astillaba* con sus uñas el carey de la tabaquera, 113; una loma se *azulaba* densamente, 378; tiniebla *barcinada* por cuprosos jaspes, 34; su manera de *combar* (arquear) el pecho, 16; se les *conminaba* a explicarse, 149; una lechuza pasó *chistando*, 165; las lluvias iban *derrubiando* los adobes de la capilla (ac. dif. de Acad.), 153; irguió el busto *empavesado* de arambeles, 28; *emprestaban* de las rancherías vituallas y pertrechos, 365; una sonrisa le *enaceitaba* los labios, 376; aquella entonación *engarzando* al pueblo en su felpa esmeraldina, 337; una sonrisa le *enjaretaba* las mejillas, 140; para *entrampar* con un torriquete la entrada de la fortificación, 247; había procurado *escamondar* los árboles secos, 149; *escardando* hilazas, 180; un anca, *heñida* por desesperado apretón, 221; para que no los ja-

quearan por falta de plomo, 253; el combate *orquestrado* de alaridos, 49; la noche, *pavonando* los cerros, 367; los godos *requirieron* sus carabinas, 46; por falta de yerba, *sancochaban* en él tomillos campestres, 249; las mulas harto *sobajadas* (cansadas; Acad.: manosear), 300; *soliviando* los hombros, 18; las *tasca-das* coscojas, 28; *traían* mucho camino por la sierra (por llevar), 111; *abigarrándose* de bermellones, 264; cuyas facciones *accidentaba*, 372; *afinándose* como navajas (adelgazarse), 143; su impavidez luminosa que *algodonaban* brumas, 188; *amoratando* sus pómulos (sólo desde ed. 14; amaratarse, en Acad.), 340; sus dedos *anillados* de brillantes, 105; le *aprehendió* la mano entre los lizos, 186; la obscuridad del fondo se *ahumó*, 34; se *asalaria-ban* por el saqueo, 14; el viento se *atornillaba* en expansión ciclónica, 35; *avituallarse* de coca, 168; la superficie *azogábase*, 151; grito que *comportaba* un vituperio, 202; el bordoneo que se *desgranaba*, 121; la nube roja se *degradaba* al granate, 142; el cuero les *desplazaba* el espinazo, 267; *detallaban* los accidentes del terreno, 25; ninguna arruga *disgregaba* su cristal sombrío, 151; ojos que *embravecían* con magnetismo sagital su jaspe verde, 58; *empequeñecerse*, 309; el foco solar *encandecía* tostando la nieve, 395; los vapores *engrosaban* de abajo, 164; *enmascarar* inquietudes, 94; *esmaltarse*, 117; sangrientas vinzas *estriaban* sus ojos, 47; sucedía eso por primera vez, mas no *extrañaba* al capitán, 55; la entrada *festejábese* con pistoletazos, 200; un adagio *filosofó*, 227; *gesticulando* vivamente, 227; *himpló* una puma (en Acad. solo las panteras), 188; el terror le *hispía* la crin (pr. Ast. en Acad.), 273; el silencio de la tarde se *imponía*, 217; un brazo cuya mano se mantenía aún *indevorada*, 239; su ejemplo no *influyó*, a pesar de la seguridad, 150; los cuellos *inyectados*, 269; en tiempo de guerra *multiplican* los varones, 103; al fondo de la lejía *precipitaban* (v. n.) los chicharrones, 354; *precisaba* aprontarse, 353; los bultos negros *relevábanse* poco a poco en gris (resaltaban), 203; *rezumaban* sangre, 180; *satinado* de verde, 65; más allá *sospechábase* el cadáver, 380; las torres *superaban* a la pequeña Jujuy, 327; la gloria, la carrera *truncada*, 100.

Verbos más propiamente argentinos: las borlitas que *acollaran* (reunían) de las puntas sus trenzas, 183; el cazador le *agradecía*, v. n., 275; *alastrarse*, por aplastarse, 273; el varón *precisaba* aguerrirse, *amadrinándose* en los peligros, 124 (?); el recado y las riendas *aperaban* al animal, 12; *arregazándose* por entre el pencal (¿agazapándose?) trasmontó el otero, 184; los perros

arrufaron, oliendo en el hombre aquel algo de enemigo (Acad.: arrufarse, ant. gruñir los perros hinchando el hocico y enseñando los dientes), 94; su mano señaló, *arrumbándose* a la ranchería (tomando rumbo a), 80; *asobinar* un caballo (Acad., sólo v. r.), 143; desde la misma noche el animal *asustó* por aquellos andurriales, 233 (aparecerse como fantasma); vahos de canícula *atufaban* la dulce temperie, 234 (Cf. se atufan los pájaros de calor, Calderón, *Escenas*, 200); un cacharro donde *avinagraban* restos de fruta, 78; *botar*, por arrojar, 20; la nube *braveaba*; *cargar*, por usar, llevar, 16, 265, v. gr.: no *cargaba* borlas de doctor, 53; *cebar* mate, 247; su melenita le *cimbraba* sobre las cejas, 36; sobre su cadera *cimbraban* los pies del difunto, 85; no *comulgaba* con dengues (en cast.: con ruedas de molino), 324; *conchavarse*, por contratarse, 98; *cuestionaron* (discutieron) la guerra, 97; *desbastarse* (deshacerse) de una postema, 371; *despenar* agonizantes (acabarlos, rematarlos), 185, 190; *despicarse* (?) un gallo “cuanto a composturas, por ahí andaban. No *despicándose* o bandeándose alguno”, 268; *destripar* un porrón (vaciarlo), 331; el perro se *disparó*, 188 (esp.: v. n.); *emparejar* (hacer pareja), 74; *empinar* las orejas, 356; peinadas de sol, *emulaban* (v. n.) las torres, 327; *encajar*, por retener: “tropezando, saltó al abismo. De pronto una rama le *encajó*”, 27; *encaró* al sargento (se encaró con él), 22; la mula se *encocoraba* (cfr. Acad.), 333; tomaron dós realistas y en su honor resolvieron *encorarlos* (coserlos en un cuero fresco), 266; la tumba *entreveró* (confunció) su madeja de esparrancados miembros, 289; *escarapelar* un sombrero, 144; las partidas en incansable ejercicio les *espigaban* los flancos, 165; las varillas del castigo que el sargento iba *garbando* cuidadosamente (Acad.: garbar, pr. Ar., formar las garbas o gavillas); como la luna *hizo* (nació) con agua, 194; *hachear*, por cortar, tajar, 12; semejante conducta *importaba* un sacrilegio (representaba), 62; *industriaba* en cucharillas de cuerno (trabajaba), 132; tan apretados se le iban (iban sobre él) que *imposibilitaban* los balazos, 307; los espectadores pedían que *largaran*, 143; *llaparon* sus mascadas de coca, 301 (agregar?); siempre con las espuelas flojas para que *llorasen* (arrastrasen), 353; según *mentaban* los expertos (explicaban, comentaban), 112; ¡*Metan* lazo, metan lazo!, vociferaba el cazador, 274; ¡*Pago!* (en apuestas, acepto), 270; pactar, por capitular, 246; su perro acababa de *parar* un tigre, 271; *pechándose* junto a la olla (¿apretándose?), 255; *pegar*, por dar; al día siguiente, en cualquier mancarrón le *pegaron* de firme (al camino), 350; el bultito *peloteó* gimiendo

(rodó), 236; el caballo *pintaba* ya en sudor, 143; en nada la *podían* los ídolos seculares (la influían), 312; la pompa con que se *prestigiaba*, 394; una vez que estando bebido lo hizo *probar* (un caballo), 172; *racionarse* un botijo, 47; las fugas a escape, *rajando* la tierra, 343; *rayar* (detener, dicho de un caballo), 143; *rebasaba* del monte, delineándose sobre el cielo, 384; el rumor del río que *repuntaba*, 217; así proponiendo y *retrucando* brindis (devolviendo), 47; no las *sacaba* él (las imaginaba, deducía), por mulas cargueras, sino montadas, 295; *sentar*, detener un caballo, 105; *suplir* de, por servir de, 16; el tráfuga se *tentó* (se dejó tentar), 136; con su labia *trastabillaba* a cualquiera, 103; los baguales *tumultuaban* con violencia, 174; un murciélago *volóse* despavorido, 188; así que *votaron* (¿consagrar? o botar = echar) a la Pacha Mama su parte de licor y de coca, 46.

Parecen usados también de un modo raro los siguientes verbos: *abrían* perpetuamente sus manos una acogedora bendición, 199; la caña *acompañaba* ya el estribillo de otro juego, 43; un cordón sobre cuya intersección *ahorcaban* el gallo en vilo, 268; cadáver tan ligero que *aparentaba* un pollito, 50; cada rancho *arrebujaba* un temor, 372; *atiplaba* una especie de llantito melodioso, 73; *comprometióle* los laureles (prometióle la victoria), 106; tal *degeneraba*, 45; se verían obligados a *desalojar* la posición, 373; *desflorar*, quitar las flores, 42; una suerte de embriaguez que *embarnece* visiblemente al oficial, 102; la guerra le *embastecía*, 92; las cumbres alomándose hasta *emparedar* el horizonte, 322; su claridad *enlencaba* los troncos secos, 188; *entumió* su talante, 338; un clarín con que *pregonar* sus cargas (anunciarlas), 56; los gauchos se lo *privilegiaron* (concedieron reverentes, 56; *puntuando* (salpicando) con sangre sus huellas, 186; *rebotábales* el suelo sus pedernales, 175; el gesto que *respingó* las narices del jefe, 239; (cf. Acad.: nariz respingada; el respingullo de la nariz, Ganivet, *Pío Cid*, I, 242); *rodaban* las tormentas sus densidades fuliginosas, 195; el paisaje se embelesaba *sonreído* de aurora, 390; la columna *tempestada* de tiroteos, 194; otros árboles *trasudaban* sus resinas, 65.

Participios activos tenemos: *abismante*, 175; *evanescente*, 233; *flagelante*, 174; salacidad *piante*, por impaciente, 81; *pululante* ardor de un sinapismo, 317; pipas *sedicentes* de vino, feo galicismo, 53; *serpenteante* relámpago, 105; el silencio *sobreviniente*, 86; *tiritantes* cabellos, 334; *tremante* (ant. en Acad.), 94, 329; *urticante*, 211.

Régimen.

Al hablar en el párrafo anterior de los verbos existentes ya en castellano, pero usados por Lugones en acepción diferente de la que les da el Diccionario, habrán notado los lectores el empleo de ciertos verbos usados como activos, neutros o reflexivos, no siéndolo, o con complementos algo raros. A decir verdad, muchos de estos verbos lo mismo podían figurar allí que en el presente párrafo, y lo mismo pudieran trasladarse a aquél muchos de los que a continuación indico. Están usados de dicho modo los siguientes:

La pava *adioseaba* separaciones, 93; un trabuco cuyo gatillo *agriaba* crujidos, 126; tal cual jilguero *albriciaba* idilios, 94 (ant. en Acad., con sent. dif.); el ambiente *almibaraba* desganos, 347; *ayeaba* con los mayuates quejas de criatura, 216; *babeaban* sonrisas de bondad, 47; un ansia de mareo *basqueó* los estómagos, 82; una silenciosa claridad *bogada* por nubes de oro, 156; su boca *burbujeaba* arroyos de sangre, 144; *cabriolaba* un zapateado, 120; *caminaban* sus pechos cordones de oro, 391; *cascabeleando* carcajadas, 183; sorprendióle el capitán *cerdeando* las cuerdas con un nuevo son, 61; *cicateaba* el medio como peso, 123; *clarineaba* catarros al montar, 142; *comadreaaba* su realismo vistiendo hábito de la Purísima, 244; *contaminando* fiebres, 150; aposentaba a los realistas y aun les *coqueteaba* un poco, 245; *chacoteaba* al traidor, 140; la gente lo *chunqueaba*, 261; *deflagraba* sus estruendos de color, 142; fugitivos bultos *despavorían* sus carreras, 288; aquel tumulto *corcovaba* relieves de terremoto, 264; las mulas *despatarraban* galopes, 212; *estornudaba* furias, 104; *fantaseó* el horizonte un espejismo, 164; la seda verde *flameada* de oro, 251; un jardinito *floreceía* claveles rojos, 182; *gallardeando* moños, 264; *gallardeaba* anacrónicos boatos, 53; *gambeteando* asechanzas, 168; una risa que *garbeaba* alardes bonachones, 238; *gargarizaba* gruñidos, 173; *gimoteó* su farfulla, 213; *lagrimear* inclementes desconsuelos, 171; *mariposeándoles* el rostro, 245; los esteros *mentían firmeza* con su piel de lama, 210; su mente *nauseando* mareos, 26; *neceó* un comentario libidinoso, 323; *oreaba* a intervalos una brisa perezosa, 33; *palmeándose* la boca, 174; *palmeando* el sillón, 124; para *piropear* la muerte las tercerolas, 215; *pirueteando* volteos, 306; tal soto *profundizaba* intimididades de salón en frescuras de verjel, 166; una barba que le *pululaba* los

pómulos, 133; *regenteaba* sus negocios, 147; *relampagueaba* delirios, 196; el estruendo de treinta tiros despertó a los dormidos *raleándolos* con seis bajas, 66; *rebullía* su estertor con borborignos de degolladura, 201; las vizcachas *refunfuñaban* gruñidos, 184; *revoleando* su lazo, 274; *rielando* aguas de oro, 244; *rutilando* escarlatas, 142; *secreteaban* aquello a la noche, 171; la imagen les *sonreía* bienaventuranzas, 205; sus mejillas *sonroseaban* una media luz, 182; si éste *sorteaba*, los comentarios; si perdía, las disculpas, 140; *transparentando* como un tumor sus venas, guías de fuego, 169; la noche *transpiraba* humedades, 89; *trapacear* un pleito, 230; fermentando polen *trascendía* la fronda, 164; blanqueaban sus brazos, *trasluciendo* las sangrías natas ligeras, 184; *virando* deslizamientos, 116; *vituperándoles* su derrota, 307.

Al mismo grupo pueden agregarse: su bridón *befaba* impaciente la argentina barbada, 154; *berreó* su tortura con verdaderos baladros, 218 (cfr. seguía berreando su dolor, Reyes, *Lagar*, 30); voz de prisionero en que se *condolían* ingratitudes, 155; *chapaleando* el lodo, 48 (tb. en Reyes, *Bajo la Parra*, 227, 183); *dentellaban* saetas, 280; aquel nudo de miembros brotó más lejos, *desgarrando* ahogos, 221; una ráfaga perdida *difluyó* tibiezas, 169; ella encaró al realista, 202; *encarrujaban* livianas muselinas (sólo v. n. en Acad.), 187; las hierbas que *goteaban* su exceso de rocío, sus pendientes que *goteaban* fuego, 105; enamorada la juzgaron, 183; un relámpago *latigueó* las nubes, 157; irguiendo el testuz, *mosqueando* la oreja, 260; *multiplicando* puñaladas bajo el revoleo de sus ponchos, 82; agregó otra piedra para *propiciar* su camino, 235; un negro cuyos amores *proverbiaban* con jocosos renombre, 234; la ira contra esos moribundos que les *puteaban* sus madres, 202; un jinete *repechaba* el faldeo, 19; jinetes se desprendían *revoleando* los ponchos, 342; el clamor de los enfermos *rugía* a Dios cosas tremendas, 196; semejante colaboración de azares *sobrentendía* conjuraciones misteriosas, 305; de aquí que le *sospecharan* indio, 61; *trasuntaba* abolengos su aquilino rostro, 57.

Entre los verbos neutros: los hilos a medio *aovillar*, 203; este rasgo le *asemejaba* a un lebrato, 36; por los aguaduchos *boyan* copos de espuma, 42; los manantiales *cegaben* a su paso, 166; *decían* de las plantas a cuya sombra sarpullía el cuerpo (por: hablaban de), 210; *desensilló* en una cañada, 235; el jefe *ejemplificaba*, 280; una sonrisa *incitada* al negro fuego del linaje africano, 244; las tribus *insurgiendo* otra vez, 396; un amasi-

jo que *leudaba* dentro, 124; el matiz *neutralizó* en blancuras, 297; fuese *pesquisando* al azar, 235; *ponderáronle* de rico, 90; *promiscuando* en ese botín de placer, 81; la luz *soslayaba* con bruscos mariposeos, 308; *sospechándole* de hipocresía, 97; *vaporizaba* la olla jabonera, 114; retrepóse, *vibrándole* la punta de la nariz, 113.

Entre los verbos reflexivos: *abroquelándose* en su taimada vejez, 153; las cumbres *alomándose* una tras otra, 322; una pared en cuyos calcinados adobes se *ampollaban* cenizas, 180; un turbio caudal *aplayábase* de aquel álveo (n. en Ac.), 213; su mujer huía sin tiempo más que para *arrebozarse* en una sábana (confusión con arrebujarse), 21; *arriscábase* la sierra hasta lo inexpugnable, 147; la sierra *azulábase* de lejanía, 220; se *astillaban* en centellas sobre ese pedernal, 340; *contrariábanse* con aquel temporal, 147; un grito *desgarrósele* como un vómito de entrañas, 158; de sus ojos se *deshilaba* el llanto, 107; grandes azules se *empastaban* en el horizonte, 355; el ademán con que se *empinó* el chambergo sobre la nuca, 117; abajo la nube se *empreñaba*, 169; ya en la puerta el lego se *encapilló*, 339; que se *encopetasen* los condes rotos del lugar, 253; se le *enjorguinó* el alma con eso, 96; la cinta cerúlea del crepúsculo *espadañábase* como la cola de un pavo real, 164; al inspeccionar una paila *espejóse* en ella la moza, 78; *motilarse*, por pelarse, 181; el bosque donde la guerra se *rebozaba* de espinas y de fronda, 49; *repapilándose* una bocera de sangraza (ac. dif. de Ac.), 239; *resarcirse*, por desquitarse, 120; su contusión *resentida* por el esfuerzo, 275; *sobresaltarse* el viento con ímpetus de loco, 317; el cebilar cuya fronda se *soliviaba* en un esponjamiento de plumaje, 383; al principio *soslayáronse* de lejos (mirarse de soslayo), 269; de ordinario *trepábase* a la grupa, 238; el día rayado de agua, se *tupía* profundamente.

Otras partes de la oración.

Mucho hay que notar en el uso de preposiciones, adverbios y locuciones adverbiales. Procuraré clasificar mis observaciones lo mejor posible.

Hallamos usado la preposición *de* contra el uso peninsular en: Día más o menos, *de uno por uno* les tocaría, 353; siempre concedía *de a buenas*, 200; fumaban *de a tres* en un cigarro, 280.

Suprímese, en cambio, dicha preposición en: rodó dentro los

cráneos sonoros perdigones, 82; dentro el corral, 203; paseó la pieza largo a largo, 380.

Son locuciones meramente argentinas: *día a día* la montonera les arrebató algunos, 347; la garúa convertida *vuelta a vuelta* en cerrazones y chubascos, 195; *vuelta á vuelta* aplausos y maldiciones, 351; *vuelta a vuelta* prodigaba consuelos a los descorazonados, 131; de tertulia con los maturrangos *noche a noche*, 250. Diríamos nosotros en estos casos: un día tras otro, una noche tras otra, sucesivamente, alternativamente. *Vuelta a vuelta* se acerca, por lo demás, mucho al francés *tour à tour*.

La preposición *a* origina otros argentinismos: lo arrastraron *a la brusca*, 260; precipitábase *a la brusca*, 35, que diríamos de seguro, fijamente; *al tiro* concibió la salida, 119, que para nosotros es al punto, al momento, es general en América: úsase en Chile (Echevarría), en Cuba se dice *del tiro* o *de a tiro* (Pichardo), en Guatemala *dialtiro* (Batres). Tanto parejero deszocándose al *botón*, 132, por en vano, inútilmente, que también se dice: *al divino botón*, se usa también en Chile (Rodríguez, c. Garzón).

Adverbios en MENTE. Encontramos en el libro: "su hermosura *cálidamente* morena, 182;" arrollando *curtivamente* una de sus mechas, 38; los truenos entreveraban *gigantescamente* sus monólogos, 39; *indecisamente*, 236; el sereno pasmaba *riesgosamente* sus heridas, 185; olor *salinamente* gordo, 262; *salvajemente*, 151; *sombríamente*, 194; adverbios todos que, aparte de lo que pueda decirse de su empleo, son, fuera de *riesgosamente*, perfectamente aceptables en castellano.

Adverbios y locuciones adverbiales que lo mismo son españolas que argentinas, tenemos: loando *por anticipado* a la revista, 102; cien charquis podridos, que digería, por decirlo así, *a bala*, 249; el calzón atado *en bandolera*, 36, ¿galicismo?; sus criterios rectificó *a cartabón* por la disciplina, 204; un buho gimió *a la distancia*, 234; oyó *a la distancia* lastimeras súplicas, 96, que figura en el andaluz (Rueda: Reja, 178, *Bajo la parra*, 116) y se usa en Colombia (Uribe); qué crías *de mi flor* las que irían a sacar, 103; ese bayo *de mi flor*, 273, es andaluz en Valera (*Doña Luz*, 140); la capilla, plaza *por medio*, exhalaba olores de muladar, 154, lo he oído a menudo en andaluz: vivir pared por medio con uno; una comadreja *en merodeo*, 114, me gustaría acaso más: de merodeo, merodeando; me parece francés, *ultra* las protestas del juez, 271; *ultra* esos cuatro años terribles, 385, es simplemente el francés *oultre*, usado sin mo-

tivo por españoles y americanos; le prefiero: además, después. Cuanta apuesta, instando a *ultranza* con puñados de patacones, 130, difiere de la acepción académica de este feo galicismo, adoptado en la edición XIV del Diccionario. Lo usan ya varios escritores modernos, como apunto en mis *Nuevos Derroteros del idioma*. ¿En el ejemplo citado no estarían mejor a porfía, y en otros casos, con exceso, en demasía, etc.?

Otras formas que me parecen criticables: en la bifurcación de *ambos los* troncos, 367, donde sobra el artículo; se llevaba de *calles* a cualquiera, 366, que estaba de acuerdo con la edición XIII del Diccionario, no lo está con la XIV ni con el uso habitual de España; hierro, *desde en* las espuelas hasta *en las* argollas luídas 215, mejor: desde las espuelas; *un día sí, otro no*, 131, que siempre he oído con y: un día sí y otro no, a lo que suele agregarse familiarmente: y el de enmedio; una ternera *de dos para tres*, 93, que decimos: de dos por tres; *a extramuros* del lugarcillo, 244, donde sobra la preposición *a*; *al fin de cuentas*, eran todos herejes, 205, es el francés: en fin de compte, al que prefiero nuestro: en resumidas cuentas; en sus mocedades había hecho *del* platero, 132, no me seduce, prefiero: había trabajado de; *junto con lo que* alerteó un tero en el bajo, ladró el perro, 79; lanzóse al sitio, casi *junto con lo que* brotaba un estertor, 181, que diría: al tiempo que. Y los godos, *lo que* se recobrasen!... Le quemaban, de juro toda su propiedad, 254, no es más bonito que: en cuanto se recobrasen, en cambio es anfibológico; *mal que mal* los apuntaba, 389, nosotros diríamos: mal que bien; *más y más* desvanecíanse los relieves, 164, por cada vez más; *de no*, por qué se descuidaba, 374; temerlo era lo peor, *de no*, al primer latigazo se desvanecía, 233, al que preferimos: si no; fué una de las raras ocasiones que le vieron disgustarse, 113, está más claro con: en que le vieron; *en resguardo* de una cavilada conjuración, 152, no vale: en previsión de; *en veces*, con brusca conformidad, 93, que nosotros decimos a veces; *a virtud* de qué suscitaba semejantes denuedos, 312, sería para nosotros: en virtud de qué.

Tienen carácter más o menos criticable: era tan *de adentro* en la estancia (la criada), 98, americanismo muy generalizado y no malo; *así que* anocheía iba amarilleando la nube, 164, con sentido de: a medida que, mientras que para nosotros significa: tan pronto como; *cada que* podía le propinaba sangre de cóndor, 42, es para nosotros: siempre que; *a raja cincha*, 184, en castellano: a revienta cincha; los préstamos y los

convites le tenían *de la cuarta al pértigo*, 120, es argentinismo desconocido para nosotros, que usamos en su lugar: le tenían a la cuarta pregunta; salieron de Salta y haciendo *por cuatro* tomaron para el faldeo, 347, parece término militar ¿se usa en España?; el lego envejeció *a la cuenta*, o bien le turbaban aquellos diablos de insurgentes, 330, por: al fin y al cabo; le quemaba, *de juro*, toda su propiedad, 254, en castellano: de seguro; *por derecho*, *por falso*, temples de guitarra, 120, son excelentes; una endecha al heroísmo, lanzada *al desamparo* contra la montaña, 68, por, con desconsuelo, desesperadamente. Los hombres se impacientaban... *después* ya no quedaba en el horizonte sino media hora de sol, 219, es inferior a: además, y anfibológico; sucedía *igual* cuando figaba los peces, 216, se usa en castellano: me da igual una cosa que otra (en Acad. sólo adj.); dismantaron *junto con* la partida, 107, por: al mismo tiempo que, puede pasar en castellano; cómo les placía la pólvora, y qué *lindo* se armaban, 170, no vale aquí: y qué bien, que lindamente; le ganaría cortando *a luz* y sin rebenque, 136, buen término de equitación; de los libros algunos le cayeron *a mano*, 53, está bien; *así no más*, 103, es americanismo universal; nosotros decimos: nada más; capaban sus toros chucaros, tumbándolos por los cuernos *a medio campo*, 15, por en medio del campo; dormía *noche por medio* con la querida de un coronel, 58; *para mejor*, resaltaban allá huellas de pies, 296; *para peor* tenían un herido, 225, locuciones de sentido elíptico, pero incorrectas gramaticalmente, háceles falta un verbo: para que resultase mejor, o un sustantivo a que pueda unirse el adjetivo: para mejor resultado, en vez de para peor, yo diría: para colmo de desdichas; reavivando su instinto de herda *al poder* de esa vibrante estructura, 142, que debería ser: merced al poder, o por el poder; *recién* entonces prorrumpió en un huracán de sollozos, 380; cuando *recién* la festejaba, 186, es barbarismo general en América, que ya critica Cuervo, § 400. La corrección de este disparate es fácil: basta suprimirlo; la vena metafórica daba *en seco*, 133, parece bueno, aunque si no es término de minería, preferiría: quedaba en seco; los hombres juraron *sordo*, 41, no es tan bueno como sordamente; *tan* lo comprendía que, 168, está mal, por: tanto lo comprendía: *al tranco* marchaban, 272, está bien; corríanse a su flanco *de trasnochada*, 111, ¿es al anochecer?

Varias interjecciones no academizadas o americanas hallamos en la obra: ¡Qué *canejo*, mi alférez! 239, atenuación de

otra interjección; le trozó ¡*crac!* el espinazo, 190; el hombre susurró: ¡*chiüt!*, 377; chocando los sables, *chis, chas*, con las botas, 348; *flic, flac*, llovían lonjazos sobre sus ancas, 219; sacudía al bruto con un *han* que esforzaba, 373; ¡*hip!* y el caballo arrancó, 274; saltando, ¡*hup!* sobre las bayonetas, 388; ¡*psh!* ¡más vale creer qu'ir a ver, 227; ¡*Pucha* con los célebres infernales!, 23; ella, *velay*, tejía frazadas, ponchos, 37, popular este último de España.

Los pronombres suelen estar usados perfectamente, sólo de tarde en tarde encuentro alguna forma argentina, como *eso*, por aquello, p. 26; seis chapetones que llegaron *ese día*, por aquel día, 36; de madre y señora *la* decían sus mucamas, '90. Precisamente el antipático laísmo, tan común en España, es rarísimo en Lugones.

Americanismo análogo al uso de *ese*, por aquel, es el de *ahí*, por allí; en el ejemplo siguiente figuran los dos errores. La carrera de un caballo sacudió un momento después *ese* sopor. El galope se sujetó *ahí* cerca chapaleando el lodo, 48.

Accidentes sintácticos aislados son: otros creían ver en *lo tal* un voto inconfeso, 183, por: en aquello; rallando en torbellino el hielo de los taludes, como *uno* que se despeñara en crispación de garras sobre aquella pared, 317, donde preferiría como alguien que; acotó la negativa del anciano el gesto de un gran *qué*, 339, puede pasar, pero más me satisface: una gran interrogación.

Pocas observaciones haré respecto del régimen, además de las apuntadas ya al hablar del uso de los verbos. Las siguientes formas son criticables: cuando injuriaba *de soez* al mismo ángel enfermero, 97, por trataba de soez; allí nos exhorta o *para* la paz o *para*, 106, que *sería* mejor: nos exhorta a; volviéndose *para* la señora, 160, al que prefiero: volviéndose hacia o a; este rasgo le *asemejaba a* un lebrato, 36, al que prefiero, le hacía asemejarse a.

Entre papeletas rezagadas encuentro: a su cabecera *se lo pasaba*, con una apatía invencible, 92, por se pasaba el tiempo; los *tiquis miquis* del vecindario, 93, no peor que la forma tiquismiquis académica; sobre ambos *Perús*, 397, no inferior a *Perúes*, que exige la Gramática; afinando sus *sigilos*, 111, me parece plural inútil. Coronel, *qué horas* me manda ajusilar, 310, es plural anormal en castellano, pero por lo menos en andaluz se oye a cada paso: ¿qué horas son éstas para venir?

y qué horas son, se usa aún en el español de los judíos de Esmirna.

De observaciones sintácticas propiamente dichas poco he reunido: *oyóse* crujir, al montarse, los gatillos de los fusiles, 68, por *oyéronse*; *adivinábase* en las tinieblas árboles, montañas, por *adivinábanse*, 89; son malas concordancias numéricas, frecuentísimas en España, donde aún no han acabado de discutir sobre si ha de decirse: se ahorcaba o se ahorcaban prisioneros a docenas; su cabellera y la flor del aire con que *se la bien armaba*, 102, es mala colocación del adverbio *bien*; cardones salteados con esbeltez guerrera flanqueaban el declive, 26; es frase criticable porque no debe emplearse en principio de cláusula un sustantivo sujeto sólo. Podría decirse: cardones esbeltos flanqueaban, o cardones y palmas flanqueaban, pero la frase presente ha de empezar por el verbo; *lo que nunca*, salió visitándolos una mañana, 370, será: salió a visitarlos; en recuas de *cuatro y quinientos*, 153, no puede pasar. Curioso es también el siguiente subjuntivo imperativo: No les *reprochara* una injusticia; deplorarlo, nadie más que ellos, 375; *dejárase* de cominear en esas cosas, aplicándose a sus latines, 369.

Ortografía.

Algunos detalles meramente ortográficos me llaman la atención. Cambiase el género a que nos tiene acostumbrados la Academia en: delicado cual *una cutis*, 299 (si bien el Diccionario agrega en *cutis* m., que u. t. c. s. f.); *la huésped* de los realistas, 250, no más feo que nuestra huéspeda; su cuerpo estrujado como *una odre*, 28, que se relaciona en cambio bien con odrina, odre pequeño, del Diccionario; insultando *las pelambres* lugareñas, 154; *las maltrechas pelambres* de las mulas, 302; que en Acad. son del género m., pero que, según el ejemplo traído por Zerolo (quien, por lo demás, no se fija en la diferencia), es f. en Cervantes: "Y con tal furia le mesaron que le dejaron lampiño de la pelambre graduada"; himpló *una puma* en la dirección del rancho, 188, me parece de más confianza que el puma, masculino del Diccionario, que acaso sea tan macho como el resobado llama, que sólo pasa a f. en la fe de erratas de la edición XIV.

Errores ortográficos son: capotillo de *anafaya verde*, 175, si bien el Diccionario académico desde su 4.^a edición escribe así, agregando que "Covarrubias la llama anafalla". Con y siguió hasta la edición XII, en que la extraña etimología de *gnapha-*

lium le hizo encajar la *ll*, que no ha caído, a pesar de traer en la edición XIV la etimología árabe *annafaya*; sentado en un sillón de *baqueta*, 112, por *vaqueta*, es excusable en un idioma donde cambian las *b* de *ba*ca y de *bu*rro con tanta facilidad, que palabras como *valija*, *baliza*, *barqueño* han cambiado de forma en las tres últimas ediciones del léxico académico; le alzó el rostro en una *casarruleta*, 323, por *casaruleta*; las rabetas *cuotidianas*, por *cotidianas*, 217, es tan usado en España como en América, Terreros lo traía con esta forma; la soledad le *despravó*, 171, es acaso simple errata por *depravar*; así impedía que se *enhiestase*, 273, por *enhestase*, que no me choca más que engruesar, por *engrosar*, que trae el Diccionario; *eruptar*, por *eructar*, 104, es malo; lo mismo *excecraban*, por *execraban*, 197; con la suavidad de una tira de *faya*, 114, no tiene en su apoyo las mismas razones que *anafaya*; viniendo del fr. *faille*, la *ll* le corresponde mejor; los perros se disputaban su *lebrillo*, 261, por *librillo*, uno de los estómagos de los rumiantes, causa una confusión de sentido que debe evitarse; *cariampollado* y un tanto *prógnata*, 36, difiere de *prognato*, académico, en la terminación y el acento. La acentuación esdrújula podría sostenerse, por tratarse de compuesto griego, pero no la terminación en *a*.

Son malas acentuaciones: *atonía*, 121; *facundia*, 136; *idiocia*, 216; *nostalgia*, 96, 135 (Cuervo, Apuntaciones, § 65, critica ya *nostalgia*); *carnicol*, de la *taba*, 140; cuando el realista pisaba el *éjido* disputado, 247, no está de acuerdo con la Academia, ni con el uso actual español, pero sí con la etimología, la misma que la de *éxito*; un *tremor* amenazador, 83, ha de ser un *tremor*, aunque en latín se diga *tremor*, como se dice *hórror*, *pávor*; viene del acusativo *tremorem*, como *horror*.

Barbarismo vulgar es *redepen*te por *de repente*, 311, que pone el autor, por lo demás, en boca de un gaucho. Lo he visto en el Fausto, p. 54. *Calzoncillo*, 12, 259, por *calzoncillos*, forma actual castellana, lo tengo oído en andaluz.

Barbarismos.

Hubiera podido continuar este trabajo apuntando algunas palabras usadas por Lugones en acepción bastante distinta de la que solemos darle y que, por muy americanas que se las quiera suponer, resultarían bastante difíciles de defender. ¿Por qué diablos dirá, en efecto, el señor Lugones: una rana por allá cerca escondida, *cacareaba*? p. 188; ni un loro que *croara*, 212; el perro se-

guía tristísimo..., por momentos *maullaba*, 187. ¿Son *lapsus*? ¿Son argentinismos? ¿Son capricho del autor para agobiarnos?

Algunos barbarismos están ya tan difundidos, que algunos de mis lectores se sorprenderán al ver que los critico; dispéñeme, pues, el señor Lugones si apunto que él también ha incurrido en ellos; en tan buena compañía se hallará, que no creo tenga motivo de quejarse por esta revelación de un achaque común.

Un *caliginoso* silencio *aplanaba el paisaje*, leemos, p. 262. Ahora bien, *caliginoso* significa: denso, oscuro, nebuloso, y nada tiene que ver con caluroso. No me faltan citas del mal uso de *caliginoso*; he aquí algunas, españolas y americanas: "El sol caliginoso que caía a plomo" (Salvador Rueda, *Gusano de luz*, 307); "El caliginoso resplandor de sus mirajes" (Vargas Vila, *El Camino del triunfo*, 94); "Los rayos del sol, en las caliginosas tardes de Julio" (Luis Montoto, en *Tradiciones españolas*, t. I, p. 43). En el BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA, núm. V, cita el señor Cotarelo a propósito de esta voz dos frases: "Era una tarde caliginosa del mes de julio, el sol abrasaba y el ambiente parecía irrespirable." "Huyendo la caliginosa temperatura de Madrid."

Quisiera entender igualmente lo que significa: "Los rastros de la nevasca salpicados en manchas de clarión sobre *torvo* zafiro", página 316. Yo tenía para mí que *Torvo* era "fiero, espantoso, airado y terrible a la vista"; pero he aquí que por todas partes surgen unos *torvos* muy raros. Felipe Trigo escribe: "Cuando ella, con *torvo* miedo de ladrona, salió dejando el hogar amigo" (*Alma en los labios*, 85); "La asombrada de grandezas no debía volver a verle la *torva* cobardía" (Id., pág. 95). "Torvo reflejo mineral flotaba sobre el Valle de Ambles", dice en la *Gloria de don Ramiro* el señor Rodríguez Larreta, a cuyo notable esfuerzo literario pienso dedicar algún día un estudio; "Nada ha calmado su *torva* fiebre, = ni el paje negro ni el fiero halcón", dice el mejicano J. J. Tablada, en la *Antología* de Ugarte, pág. 268. "Torvo fraile del templo solitario... = ¡Yo quisiera llorar como tú lloras!", repite el mismo autor en la página 266 del mismo libro. "De la ontológica altura = Muestra la luna su dura = calavera *torva* y seca", escribe Julio Herrera y Reissig, uruguayo, en la citada *Antología*, pág. 148: "El espacio silente, *torvo*, sin trinos de aves, sin claridades", trae el mejicano Ciro B. Cevallos, en la misma obra, página 35.

Varias observaciones como ésta pudiera hacer, pero como no es mi intención ridiculizar deslices que no son personales, sino propios ya de toda la generación de habla española, renuncio a hacer

aquí este género de crítica, que, si bien pudiera tener utilidad pedagógica, haría olvidar a muchos lectores el valor gigantesco que representa, desde el punto de vista del idioma, una obra como la que acabo de analizar.

Tampoco quiere esto decir que renuncie a la publicación de la censura que pudiera hacer de algunas docenas de palabras, entre el millar y medio de papeletas que he sacado de este libro. Pero dichas censuras saldrán en otra obra que tengo en preparación, y donde he reunido varios centenares de barbarismos, impropiedades y disparates, espigados al azar de mis lecturas desde hace varios años. En mi *Tesoro de la Lengua castellana* y en mis *Nuevos Derroteros del Idioma* he apuntado ya algunos elementos de ese disparatorio hispánico. Tengo aún tela cortada para rato, y me sobran ejemplos de blancuras cerúleas, cerámicas, cereales, de pupilas húmedas, secas, vidriosas, opacas; para los pintores poseo surtido completo de colores raros, como colinas blondas de zafir, ojos garzos de color de ámbar, cabelleras zainas de oro, resplandores rojos de "pervenchas", y hasta conozco poeta a quien "verde cana brotó en su cabellera".

Conclusión.

La lectura de las páginas que preceden producirá probablemente a algunas personas una sensación de mareo y hasta de desagrado. Puede uno preguntarse, en efecto, al contemplar semejante cúmulo de neologismos, no sólo de palabras sino de construcciones, si no está el castellano descomponiéndose atrozmente allende los mares, y si no nos aproximamos a paso de gigante a esa época que precedía el ilustre Cuervo, en que no hemos de entendernos unos a otros los pueblos de habla hispánica.

Soy más optimista. En primer lugar, el libro de Lugones no representa sino la exasperación de una tendencia que no es únicamente americana, sino general, en los países de lengua española. Es *Guerra Gaucha* un libro hecho de intento para presentar todas las variedades que abarca hoy el argentinismo; por otra parte, está escrito por un hombre que, lo repito, conoce el castellano como pocos de nosotros y sus formas, más o menos extrañas, no son inconscientes y por lo mismo es excesivo. Pero los mismos elementos neológicos pueden encontrarse en menor proporción en otros autores. Antaño me sorprendió algo desagradablemente, lo confieso hoy, análoga tendencia en otra obra

notable argentina, *La Gloria de don Ramiro*, de Enrique Rodríguez Larreta, que hoy me hubiera parecido muy moderada al lado de ésta. He encontrado el mismo prurito de novedad en otros escritores argentinos, en particular en Eduardo Wilde, quien, sin embargo, difiere enormemente de estos dos autores en el conocimiento de la lengua que intenta renovar.

Pero el fenómeno no es sólo argentino, se reproduce lo mismo en otros países americanos que en la misma España. Examinense los estudios que reuní en mis *Nuevos Derroteros del Idioma* (París, 1918) y se verá que reina la misma manía de usar palabras nuevas en Martínez Ruiz, en Unamuno, en Díaz Rodríguez, en Rubén Darío, en Gómez Carrillo, en Vargas Vila, en Armando Alvarez Vasseur, en Rufino Blanco Fombona.

Asistimos hoy a un esfuerzo de renovación que pudiera compararse con el realizado en el siglo XVII por el gongorismo. Pasará la moda de lo extravagante, como pasó aquél; pero habrá dejado también hondo rastro en el idioma.

Las tendencias que observamos en este esfuerzo se pueden estudiar perfectamente en la obra de Lugones, que es la mejor síntesis que podíamos desear. En primer lugar, una facilidad total para aceptar en el lenguaje escrito todas las palabras existentes en el lenguaje hablado. Además, una flexibilidad grande para formar palabras nuevas mediante el empleo de las desinencias conocidas: *miento, dad, ada, ero, or, aje, ura*, etc. El galicismo es tanto más frecuente cuanto menos versado en el castellano es el escritor: en Lugones es insignificante. En materia de verbos, una gran facilidad para crear verbos nuevos en *ear*, en *izar*, en *ecer*, y, sobre todo, una tendencia a romper la valla algo excesiva del régimen castellano, verbos neutros usados como activos, verbos activos usados como neutros o reflexivos. En este punto es acaso donde más renovador se muestra Lugones. Casi las dos terceras partes de los verbos que cito en el párrafo relativo al régimen, los del tipo *adiöseaba* separaciones, *agriaba* crujidos, *cascabeleaba* carcajadas, *corcovaba* relieves, etc., son poco frecuentes en otros autores, y parecen innovación personal del autor.

De todos modos, guste o no guste, hay que estudiar este movimiento importante del idioma sin la menor preocupación. Debemos amar nuestra lengua intensamente, pero con indulgencia, sin empeñarnos en que sea idéntica a un ideal, acaso falso, que de ella nos hacemos. La lengua es una cosa viva, que participa de una infinidad de influencias inevitables. Y si no

hablamos ya como hablaban nuestros bisabuelos, ¿por qué hemos de querer empeñarnos en escribir como ellos? Admitiendo, pues, que la lengua se transforma (iba a decir evoluciona, pero no me atrevo), hemos de seguir dicha transformación, tomarla en cuenta siempre que no sea absurda y criticarla en este último caso. Sólo así conseguiremos algún resultado. Se puede encauzar un torrente y aprovechar su fuerza, pero no se le puede atajar el camino.

MIGUEL DE TORO Y GISBERT.